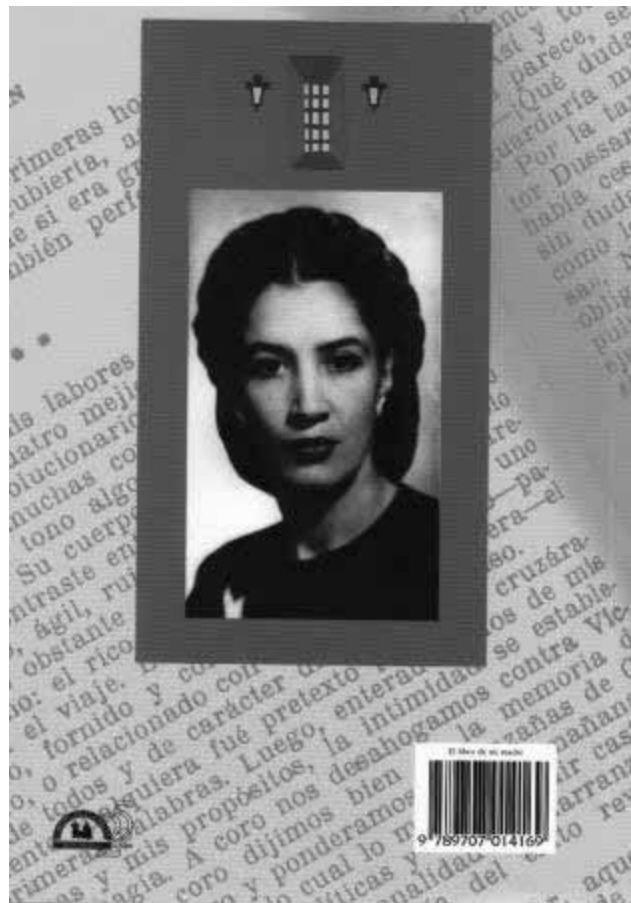


El libro de mi madre, responso de las recordanzas

CITLALI FERRER

Todo yace en la infancia y allá es dónde se conforma la personalidad del hombre. Ahí está sentado en el redondel de la fuente, apunta algo en su agenda, quizá una idea para un nuevo texto. Tranquilo, concentrado, como de costumbre sin desperdiciar ni un minuto de su tiempo. Confieso que siempre me ha sorprendido: es un gran conversador, un enfant terrible, malabarista del lenguaje, seductor a la vieja usanza y no se diga su impetuoso sentido del humor y agudeza para analizar cualquier tema, en resumen, se trata de un ser absolutamente demoledor. Me acerqué con temor de interrumpirle, después, caminamos juntos por ese lugar que alguna vez albergó una fábrica de papel. Me gustó verlo con la curiosidad de un pequeño mirando el armazón de una máquina. Comimos y pude disfrutar de su inteligente discurso. Me habló de sus recordanzas, sueños y preocupaciones. Lo interrogué sobre el oficio de escritor y estuve ante un hombre que no ha parado, que ha seguido el ritmo que su propio corazón le ha marcado y por supuesto, me refiero al corazón del cerebro, como decía un viejo amigo, porque el maestro, de sentimental no tiene nada. Comprometido, generoso, gran lector y buscador incansable, ahí estaba, dilucidando el mundo entero, y yo, quieta, atenta a lo que me revelaba. A estas

alturas de mi texto quizá ya parezca una declaración o manifiesto, pero no creo lograr semejante precisión, aunque debo reconocer públicamente que me encantaría lograrlo porque el carácter del escritor al que me avoco hoy es sin duda alguna, singular: René Avilés Fabila. Me entregó su nueva publicación: El libro de mi madre, recientemente editado por: Porrúa, en la



El libro de mi madre

colección, Varia literaria, pirul. También me dijo que le hubiera gustado que en la portada del libro hubiera quedado la foto de su madre, la hermosa y controvertida Doña Menta, pero que el editor finalmente se inclinó por otro diseño en el que es posible admirarla pero en la contraportada. También hizo mención de que al dedicarlo le cuesta algo de trabajo porque tiene una carga emocional el libro.

Hoy es un día nublado, las chicharras llaman a la lluvia. Me siento bajo el ciruelo a leer el libro de René y no pude parar, me atrapó desde el principio, con una prosa fluida que va de menos a más, dosificada con maestría, René nos pone ante un texto que seguramente se volverá entrañable para muchos. Dice Francesco Alberoni que el enamoramiento es “el estado naciente de un movimiento colectivo de dos”. Por otra parte Buda dice que “perder lo que uno quiere es causa de dolor, por eso cuida bien los sentidos”. Pat Cafilia en su manifiesto sadomasoquista, habla de la importancia que existe entre la víctima y el victimario porque para el sádico el mayor placer estriba en el poder. RAF, se vale del constante contrapunteo emocional, va del te odio al te quiero, sin caer en el melodrama de los amantes de Manuel Acuña, sino a partir de los retazos de recuerdos que nos va entregando, aquellos que conserva recurrentes, velados y deslumbrantes, y me refiero a la preciosa imagen de la fotografía de su madre, un rompecabezas que va armando poco a poco, con sus confesiones y reclamos, permitiendo que el lector se vuelva mirón de un universo en donde hubo una relación fuerte en la que ambos, hijo y madre contuvieron en extraña complicidad sus muestras abiertas de afecto. En *El libro de mi madre* resposo de las recordanzas, de pronto, brota de sus líneas la melancolía del violoncello que alguna vez tocó Casals. El preludio de Bach, mientras el maestro René, sentado en una banca fuera de la habitación de su madre, se entrega a repasar el almanaque de los recuerdos. En

esos últimos instantes de la vida de su madre él trata de aclararse los múltiples sentimientos encontrados. Y logra que la literatura sea literatura por literatura y en el rostro de su madre de esa fotografía aparece también el rostro del hijo que se lamenta, que se regocija, que se fragmenta mientras el cello sigue acompasado vibrando por los corredores del hospital. Hasta llevarnos al corazón de la narración en la que dice: “Mi madre moriría sin que nos hubiéramos dicho la magnitud de nuestra recíproca admiración, si siquiera haberle dado un beso para saludarla o despedirme”. Y no es el escritor el que escribe, sino un hombre que sabe que todo yace en la infancia y que allá es donde se conformó. René hace un exorcismo y deja descansar a su difunta madre en las páginas de un libro entrañable. Un texto redondo como el péndulo del viejo reloj que nos restriega en la cara que recordar es despertar lo que duerme en la memoria de nuestra piel. El escritor suele ser un impostor, pero cuando el texto se trata de una muestra de lo más íntimo, es imposible engañar porque sería traicionarse a sí mismo. Probablemente como sucede al leer la Carta al padre de Kafka, encontraremos convergencias y divergencias. Pero aseguro que el nudo en la garganta nos recordará que la ausencia de una madre es como la tierra erosionada que no dará más frutos. Y sí, maestro René, los enigmas, secretos y silencios seguirán haciendo que el retrato no sea completo porque de alguna forma tú formas parte de él. Porque pese a los tumbos y contradicciones que hallaste en tu madre también forjaste lo que ahora te representa. Sin duda, la lectura de *El libro de mi madre* le removerá al lector aquellos años en los que posaron para alguna cámara sin entender la importancia de la imagen detenida. Rompí en llanto y fui en busca de viejas fotos. Gracias por mostrarnos esa basta intimidad en la que es necesario callar, irremisiblemente dejarnos llevar por la música que emite el violoncello.